

## EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

p o r

EDGAR ALLAN POE

Desde luego no pretenderé insinuar que sea materia de extrañeza que el caso del señor Valdemar haya suscitado discusiones. De no ocurrir así, habría sido un milagro, especialmente dadas las circunstancias de su extraordinario caso. A consecuencia del deseo de todos los interesados, de guardar discreto silencio, por lo menos hasta el presente o bien hasta que se hubiesen realizado ulteriores investigaciones, nuestros esfuerzos por lograrlo, tuvieron por resultado una versión exagerada y deforme, que ha originado muchas confusiones lamentables y, como es natural, una notoria incredulidad.

Se ha hecho, pues, necesario que yo explique los hechos, tal como los comprendo. Sucintamente, son los siguientes:

Durante los últimos años mi atención se ha visto atraída repetidas veces hacia el hipnotismo y hace nueve meses se me ocurrió de pronto, que, en la serie de experimentos realizados hasta ahora, existía una muy notable y muy inexplicable omisión. Nadie había sido hipnotizado todavía *in articulo mortis*.

Quedaba por averiguar, si en tales condiciones el paciente era susceptible a la influencia magnética; en segundo lugar si su susceptibilidad aumentaba o disminuía por su estado; en tercer lugar hasta qué extremo o durante qué período el proceso podía contener la proximidad de la muerte. Había otros puntos que investigar, pero los expresados ya bastaban para excitar mi curiosidad, especialmente el último, por el

carácter importantísimo de sus consecuencias.

Al buscar mentalmente algún sujeto que me permitiese comprobar esos detalles percibí en mi amigo, el señor Ernesto Valdemar, conocido compilador de la *Bibliotheca Forensica* y autor de las versiones polacas de *Wallenstein* y *Gargantua*.

El señor Valdemar, cuya residencia habitual estaba en Harlem, Nueva York, desde el año 1839, era particularmente notable por la extrema delgadez de su persona, y también por la blancura de sus patillas en violento contraste con la negrura de su cabello, que muchas veces se confundía con una peluca. Era de temperamento muy nervioso, de manera que resultaba buen sujeto para los experimentos hipnóticos. En dos o tres ocasiones lo dormí sin grandes dificultades, pero, en cambio, no logré alcanzar aquellos resultados que su constitución particular hacía esperar. Su voluntad no estuvo en ningún período positiva o completamente bajo mi dominio, y con respecto a la clarividencia, no pude lograr nada que inspirase confianza. Siempre atribuí mi fracaso al mal estado de su salud. Unos meses antes de conocerle, sus médicos diagnosticaron que estaba tuberculoso. El mismo tenía la costumbre de hablar tranquilamente de su próxima muerte, como si fuese algo que no podía evitarse.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas que he mencionado, fué después luego muy natural que pensara en el señor Valdemar. Conocía demasiado bien